

El barrio de San Martín

El viejo burgo de San Martín se componía de dos barrios: el de San Martín de Arriba y el de San Martín de Abajo. Los dividía el comienzo del camino de Ayete que ahora en forma de carretera arranca de la calle de Easo y que entonces, en el último tercio del pasado siglo desembocaba en lo que hoy es calle de Manterola, y por unas escaleras se pasaba de una parte a la otra. Bajo este camino había un arco, frente a la casa Toki-Alai por el que pasaban los carruajes de uno a otro lado.

Los que conocieron aquel San Sebastián de hace siglo y medio lo evocaban con nostalgia, pues había cambiado tras el derribo de las murallas y el ensanche de la ciudad. Se cerró el cementerio de San Martín, al que después de la clausura acudían los chavales a remover la tierra y llevar los huesos que encontraban a una trapería donde por ellos les daban un ochavo.

La gente que vivía en estos dos barrios era distinta. En el de Abajo había traperos, afiladores, barquilleros, lavanderas... Era la España trashumante. Una retahíla de chavales organizaban pendencias, huían de los caseros a los que robaban las manzanas, y de los celadores que querían mantener el orden, a los que disparaban con tiragomas.

El San Martín de Arriba era diferente. Un sanmartindarra que conoció el barrio hacia 1870, **Evaristo Bozas Urrutia**, dice que allí vivían gentes trabajadoras, pacíficas, sin aficiones al puñal. «Gustaban del garrote o del puño, pugilato viril y decente. Eran gentes humildes pero laboriosas, limpias, tranquilas. Sus pendencias no se hacían entre sí, sino de barrio a barrio. Se unía la juventud de San Martín de Arriba para dársela con queso a San Martín de Abajo, o a Atocha, o a los del Muelle, o a los del Instituto -'tirillas' como decían ellos- o a los del Antiguo. Semejantes a 'jarkas' eran estos grupos que se hacían la guerra a pedrada limpia, por sentar la superioridad racial del grupo respectivo. Pero nada de cuchilladas traperas, nada de destripamientos toledanos, nada de pendencias con proyecciones judiciales. ¡Ca! Eso para San Martín de Abajo».

Parece que abundaban los epicureos, los bebedores de sidra, los versolaris. El centro de reunión era una taberna que ha pasado a la historia, la de Sebastopol. A ésta y a la taberna de Lerchundi, acudían los koskeros del barrio, entre ellos **Benito Arrantzadia**, inspirado versolari, **Etchekalte**, del que se contaba que había prendido fuego a la parte baja de su caserío en cuya parte alta vivía su hermana, con la que no se hablaba, y luego justificó el fuego diciendo que él hacía con lo suyo lo que le daba la gana... Otro asiduo era **Praisko Arzac**, «**Bullas**» que había sido de la partida del cura de Santa Cruz en la guerra...

E. Bozas evocaba los establecimientos que había en el barrio en su juventud y recordaba con nostalgia la sidrería Postzarra, con su «toça» frente al hospital de contagiosos; el estanco de Ripalda, la cochera de Elósegui, la zapatería de Cantonnet, la panadería de Manuel, la carbonería de Achero, la ermita que estaba donde después se levantó la Alhondiga y ahora el Orly, el taller de carruajes de Blancou, que colocó un cartel que decía «proveedor de la Real Casa», porque un día arregló un landó de un gentil-hombre de Cámara de Su Majestad... Recordaba los celadores que prestaban allí servicio, «Lepoker», «Patachula» y «Mataburras», llamado así porque siendo conductor de un tranvía atropelló a un pollino...